

ACLARACIONES

Don Julio Maroto me advierte que no he citado el organillo en los cafés del Paseo.

Es cierta la omisión, pero en la época rememorada en el fascículo 34 no los había por aquí, por una razón, porque todos venían cortos en Madrid, donde existían enormes tiendas de pianos a estilo de almacén, con un tráfico extraordinario a todas horas.

Aparte de las fiestas, bailes de sociedad, merenderos, etc, los manubrios iban rodando y tocando por las calles continuamente. Cada uno era arrastrado a mano por una cuadrilla de tres o cuatro bigardos o cinco, verdaderos chulos, capitaneados por otro que cortaba el bacalao y respondía del instrumento.

Les pasaba lo que a los del juego de Alcázar, que tenían una destreza prodigiosa en el manejo de la manivela, y aunque el toque era mecánico variaba mucho el aire según el que tocaba.

Estas cuadrillas tenían recorridos muy fijos y no tocaban a humo de pajas, sino cerca o debajo de donde esperaban la dádiva, porque se conocían el vecindario y sabían quién vivía y dónde. Mientras tocaban miraban fijamente hacia balcones determinados, y al acabar la primera pieza, el brazo desnudo y bello de la coima dejaba caer el dinero sin asomarse. Eran chulos genuinos a los que el organillo no se sabe si protegía o delataba públicamente, porque era una tapadera que más bien descubría; eran chulos que vivían a costa de las mujeres, explotándolas y maltratándolas a plena satisfacción de ellas porque para eso eran sus hombres.

Cuando este **negocio** empezó a decaer sobraban organillos y tuvieron que emigrar de la Corte, y como Alcázar albergaba continuamente mujeres de aquella procedencia, ellas y sus empresarios trajeron el manubrio a los últimos cafés del Paseo, todos ellos posteriores a la época citada.

Igual que a los pianillos les pasó a los coches de punto y se empezaron a ver por los pueblos, al servicio de los médicos sobre todo, en sustitución de las tartanas valencianas que solían usar anteriormente.

Con relación a esto hay otro detalle que corrobora la interpretación dada a la vida del Paseo: el organillo del café de camareras lo tocaba Eugenio el Tonto, con su boca abierta rebosante de saliva. No brotó en Alcázar ningún pinturero que lo hiciera, lo que significa que ni aun en ese humilde menester, que se prestaba mucho, cuajó el chulo alcazareño auténtico, pues nuestros hombres fueron redentores y no explotadores de las mujeres aunque se vistieran de flamencos.